



C | U

L | T

U | R

EL MUNDO
 JUEVES 19
 DE MAYO
 DE 2016

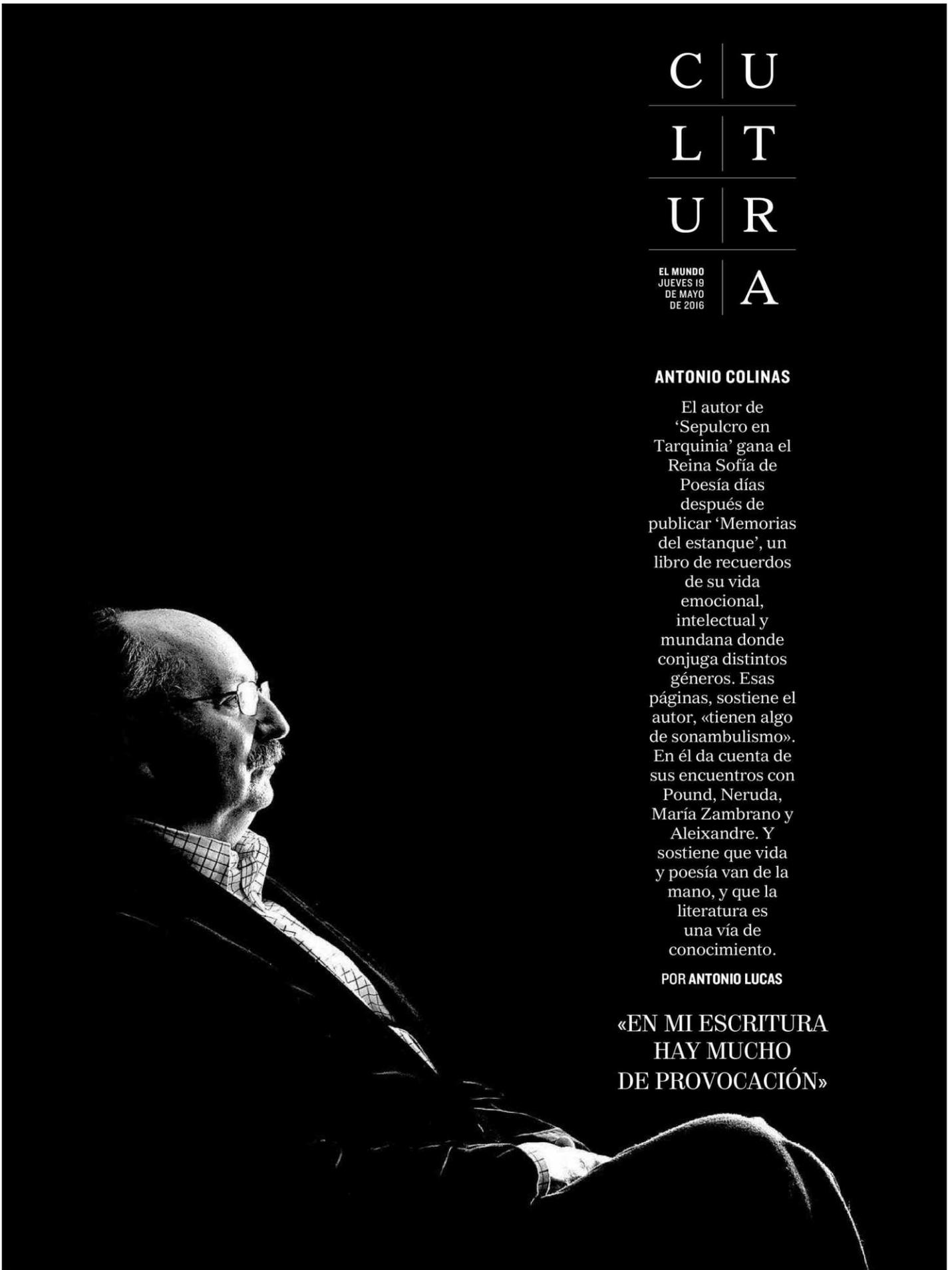
A

ANTONIO COLINAS

El autor de 'Sepulcro en Tarquinia' gana el Reina Sofía de Poesía días después de publicar 'Memorias del estanque', un libro de recuerdos de su vida emocional, intelectual y mundana donde conjuga distintos géneros. Esas páginas, sostiene el autor, «tienen algo de sonambulismo». En él da cuenta de sus encuentros con Pound, Neruda, María Zambrano y Aleixandre. Y sostiene que vida y poesía van de la mano, y que la literatura es una vía de conocimiento.

POR ANTONIO LUCAS

«EN MI ESCRITURA
 HAY MUCHO
 DE PROVOCACIÓN»





El poeta Antonio Colinas, en La Bañeza (León), de donde es natural, logró ayer el Premio Reina Sofía de Poesía. J. CASARES / EFE

En la escritura de Antonio Colinas (La Bañeza, León, 1946) cabe un silencio de piedras que hablan. Del esteticismo a la metafísica es su viaje. De aquella órbita *novísima* donde la sensualidad del idioma y el culturalismo se fundían ha ido caminando seguro y cierto hasta una poética del pensar y del sentir donde el tiempo tunela pero no devasta. Referente de la poesía española de la generación de los años 70 (ámbito de los *novísimos*), traductor, narrador, ensayista y principalmente hombre de contemplaciones, el XXV Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana (dotado con 42.000 euros y convocado por Patrimonio Nacional en colaboración con la Universidad de Salamanca) acuña lo que ya se sabía: que su voz lírica pesa, que su escritura tiene sitio propio. Así lo confirman títulos como *Sepulcro en Tarquinia*, *Noche más allá de la noche*, *Los silencios del fuego* o *Canciones para una música silente*.

Hace unas semanas, Colinas presentaba en Madrid un nuevo libro. Esta vez es una indagación por su

biografía. Es el fervor quieto de la memoria, que no se detiene nunca. Aquí el poeta mira hacia atrás y entiende mejor lo que está por llegar. Colinas regresa con la emoción y con las palabras al lugar de la infancia, al lugar de todos los sitios, y recorre la vida (la propia vida) con esa disposición a la fábula y el asombro de quien se piensa despacio.

Pero esto de ahora no es exactamente un libro de memorias, sino una suerte de tratado de uno mismo y de todo aquello que le rodea. *Memorias del estanque* (Siruela) es un libro delicado y caudaloso. Un territorio de reencuentros y de afinidades, de sospechas y de certezas. De entusiasmos y contradicciones. Quizá el más íntimo de Antonio Colinas. Y, sin duda, el más desnudo. No el más exhibicionista, sino en el que se muestra sin pretensión más despojada.

«El estanque con el que hablo en este caso no cumple la función que cumple en el mito de Narciso, donde éste se recrea mirándose en él. Lo que yo quería era hablar con el estanque, preguntarle a la alberca, y

que me devolviera cosas de mi pasado», sostiene el autor. «El agua cumple una función que en psicología es importante porque simboliza el subconsciente. Bien el agua quieta del estanque o la de los ríos, que también han sido importantes en mi infancia». Como una historia circular, estas memorias sin protocolo se abren y se cierran con los ríos de la infancia.

Memorias sin protocolo, decimos, porque en estas páginas no hay ortodoxia de género. Incluso la voluntad es de desafío en ese sentido. En *Memorias del estanque* se anuda la poesía con la biografía, el ensayo con la página impresionista, la literatura de viajes con el fogonazo del aforismo... «El libro es, sobre todo, un relato pero también se puede abrir por cualquier parte. Aunque haya una historia común, que es mi vida, ésta se construye desde episodios que se pueden leer de manera autónoma. Por eso esa combinación de géneros en un mismo espacio. Siempre he creído que poesía y vida van fundidas y que la literatura es una vía de conocimiento».

- Este es un libro todo de poeta.
- Yo lo creo así. Estas páginas tienen algo de sonambulismo.
- Quizá por eso son unas memorias más emocionales que biográficas...
- La editora dice que esto es más una vida que unas memorias. Y estoy de acuerdo. Cosas que aún no había contado. Por ejemplo, la importancia de algunas de mis estancias en Italia, en Corea del Sur, en India, en China. O el encuentro con Neruda. O con Ezra Pound. O con María Zambrano. O los últimos días de Vicente Aleixandre... He escrito sin máscaras.
- ¿Y con asombro?
- También. Sobre todo cuando miro hacia la primera juventud, tan desbordada. Era la fase de metamorfosis.
- Llegas a París en el otoño del 68 y allí buscas tu sitio en el mundo ajeno a la política, que todo lo invadía...
- A veces hay momentos en que la política es inevitable, como en los años del cambio a la democracia en España. Pero nunca me ha interesado demasiado. O me ha interesado,

pero no me ha movido a escribir... Aquel era un París convulso, pero para mí aquel París estaba más vinculado a los libros que había leído, a los museos y a la primera traducción que emprendí de las 'Iluminaciones' de Rimbaud.

Antonio Colinas es un poeta en movimiento, en sentido físico. Pertenece a la tradición de los caminan-

«SIEMPRE HE CREÍDO QUE POESÍA Y VIDA VAN FUNDIDAS, Y QUE LA LITERATURA ES UNA VÍA DE CONOCIMIENTO»

tes. «Pero no he ido donde he querido, sino a donde la vida me ha llevado». Desde Italia y Francia a la Ibiza en la que vivió por 20 años, todo ha sucedido en su caso casi por accidente. Casi como lo inevitable. Digamos que sin demasiadas estrategias. Pero en su escritura hay una lealtad inquebrantable a la infancia. «Pero siempre intentando universalizar eso, huyendo del costumbrismo. La Naturaleza, que es tan importante en mi vida, siempre me ha interesado como algo universal. Igual que la música. O el cine. O la Cultura», explica.

- Una Cultura cada vez más rebajada...

- Eso parece, pero la cultura tiene demasiadas raíces como para darla por perdida. Eso no se puede ignorar. Como mucho intentarán enmascararla, pero ese depósito de verdades inmutables no se puede perder.

Este hombre tiene una idea de la palabra como elemento transformador: En la poesía, en la literatura, sólo cree en la palabra nueva. Es decir, en aquella que con su carga de significados aún tiene sitio para fundar algo inédito, lo aún no dicho. «Quizá por eso en mi escritura hay mucho de provocador», ataja. Aunque sea por vía de la intimidad. De la metafísica. De lo misterioso. Por eso busca dentro, en los cauces de su memoria, aquello que aún se puede decir de otro modo. Lo que permite reencontrarse con la casa en ruinas de los abuelos. Con la novela de la memoria de uno mismo.

Antonio Colinas ha recibido el Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana justamente a sus 70 años. Siempre se ha quejado, con honestidad y sin mucho jaleo, del brutal sectarismo que existe en la poesía española, donde algunos ya *seniores* de la generación siguiente han hecho cuanto han podido para desbancar la gran pluralidad que hoy son los *novísimos*, ya muy por encima de la restringida elección de Josep Maria Castellet.

Cuando yo era muy joven –y estaba como Colinas en otra de las antologías que ampliaron el radio de la barcelonesa– se decía que Antonio había sido desechado de la nómina de Castellet por exceso de claridad. Verdad o no, esa sabia mezcla de renovado romanti-

LUIS ANTONIO DE VILLENA

Un poeta que cuenta y canta

bles señas identitarias. Colinas pagó gustoso el peaje *novísimo* más extremo con *Truenos y flautas en un templo* (1972) su segundo libro. Pero el Colinas de verdad, que amigos y compañeros hemos sido los primeros en admirar, nace con *Sepulcro en Tarquinia* o con *Astrolabio*.

Antonio Colinas ha demostrado contra el otro sectarismo del silencio o la experiencia que se puede ser a la par un poeta que cuenta y que canta. Como la elegía latina, su poema es claro, pero como las voces germánicas de Hölderlin o de Novalis, el lirismo puro, el liris-

cismo encendido y de respeto y alimento en la tradición clásica (cual su querido Leopardi o Salvatore Quasimodo) es hoy una de sus más visi-

bles señas identitarias. Colinas pagó gustoso el peaje *novísimo* más extremo con *Truenos y flautas en un templo* (1972) su segundo libro. Pero el Colinas de verdad, que amigos y compañeros hemos sido los primeros en admirar, nace con *Sepulcro en Tarquinia* o con *Astrolabio*.

mo de los fuegos cósmicos, montañas arriba, es también la voz oscura del poeta. Voz luminosa y nocturna a la vez, sin que nada se vuelva contra nada. Es cierto que la obra prosística de Colinas, narrativa o ensayística, o sus ricas y abundantes traducciones del italiano, merecen también el brillo que otorgan a la figura de un poeta, que es sin duda el más nitidamente lírico de nuestra generación.

En los poemas de Antonio, como leonés romano y de bosques fríos, la fascinación por el ensalmo de las palabras que trascienden el sentido para colmarlo de luminarias es absoluto y muy bello. Ni Siles, ni Carnero, ni Álvarez ni yo mismo tenemos ese alto don lírico de Colinas que en cierto sentido –entiéndase bien ese sentido– es por antonomasia el poeta ígneo de nuestra generación, sin que le haya faltado ni el a veces tan mal entendido culturalismo –que es vida- ni el amor esteticista

por muchas brillantes formas de la belleza.

Últimamente Colinas se ha interesado también por la animología china tradicional. Y es lógico que a un romántico sosegado como a él le pueda encandilar lo que dice el taoísmo y su viejo Lao-Tse. Amigo de la naturaleza en la misma medida que de la cultura, Colinas busca la serena tranquilidad del agua y ese no hacer haciendo, que él transforma en el romanticismo moderno y luminoso de sus mejores poemas.

Es frecuente decir que la poesía nueva viene de los más jóvenes y en parte sería lógico, pero parte de la mejor poesía de hoy la están haciendo poetas de mi generación como Antonio Colinas o José María Álvarez. Poeta de la hondura y del resplandor, Colinas es el lírico cercano y cálido que ayuda a asombrarse de la vida pero asimismo a no descreer de ella. Muchas felicidades.